

Marco Polo

20 de mayo de 2012

Ayer me preguntaste por qué hice un espectáculo de marineros. Me pasé toda la tarde pensando en tu pregunta. Imagino que me gustaba remar en una caja de cartón, gritar ¡Tierra! o pescar con una caña imaginaria.

A mis quince años tuve la oportunidad de dejar la niñez y convertirme en hombre, pero naufragué, tuve que abandonar el barco, y de alguna manera, desde entonces, buscaba una segunda oportunidad para superar la prueba que me conduciría a la vida adulta. Aral fue esa segunda oportunidad, solo que ahora no tenía quince años sino

cuarenta y podía diseñar el rito a mi manera. Así volvería triunfante a los brazos de mi madre y de las mujeres de mi vida, convertido en el hombre que ellas esperaban.

Los náufragos siempre encontramos compañía porque el teatro es un universo de juegos y muchos Peter Panes asustados pululan por las salas alternativas de Madrid. Yo encontré dos maravillosos ejemplares que se entusiasmaron con la idea de hacerse hombres. Realizábamos ensayos de ocho y diez horas. Improvisábamos e improvisábamos, los tres encerrados en una sala negra, sin la luz del sol. De entre la oscuridad empezaron a brotar perlas, sketches que nos traían sonidos acuosos y una paz desconocida. Los tres nos enamoramos del espectáculo y por eso tardamos dos años en mostrar nuestro trabajo a público. Sencillamente no queríamos

terminar, era demasiado maravilloso sumergirse cada día en el universo que habíamos creado.

¿Por qué sobre marineros? Mi bisabuelo era asturiano y fue marinero antes de ir a la guerra. Yo fui marinero o aprendiz de marinero y luego me hice payaso para poder ser el marinero que siempre había soñado. Aquí va mi historia, un poco desde el principio, aunque a veces me lio, ya sabes.

Nací en el sesenta y siete, tengo poca memoria, no recuerdo el día en que salí de mi madre, tampoco el número de mi DNI. Sí recuerdo mis ocho años. Pequeñas imágenes. Me gusta hacer puzles y mis puzles son como mis recuerdos, a veces no sé dónde va una pieza y a veces pierdo piezas. A partir de los doce todo está más claro, aunque prefiero la penumbra a la claridad. Me gustaba fumar en pipa, ya no me gusta, pero antes sí. También me gustaba llevar

pañuelos al estilo Luis Antonio de Villena. Eso todavía me gusta. Sacaba en clase mis aparejos y metía en el hueco de la pipa un tabaco que olía a madera y resina. La pipa era de mi padre, pero él no la usaba. Me gustaba que fuese de mi padre y a mi madre le gustaba que la usase. La encendía y comenzaba a chupar, mientras el profesor hablaba de la conquista de Granada y alababa mi buen gusto en la elección del tabaco picado. Me gustaba que supiese apreciar el buen tabaco.

- *¡Imposible!, ¿con doce años te dejaban fumar pipa? ¿y dentro de clase? -*

Suelen reprocharme mis interlocutores.

Sí, es cierto, fumaba pipa y llevaba pañuelos. Me gustan los comics, tal vez por eso me vestía así. Replicaba a un personaje homosexual

con un rancio abolengo, disfrutando de las tardes en un gastado sillón de eskay.

Como creo que sabes, no soy homosexual, una cosa es el imaginario y otra distinta mi apetencia sexual. Es más, tampoco me gustan los hombres que fuman puro con las piernas abiertas mientras toman coñac. Una cosa es una pipa y un pañuelo, y otra muy distinta el puro y el coñac.

Aún no había llegado al imaginario de aventurero/marinero, esos comics mi padre los guardó para más adelante, para los once o doce años.

Pero no hemos llegado ahí. Soy muy pequeño. Me viene un uniforme color marrón, los pantalones por encima de las rodillas, medias de lana hasta las pantorrillas y zapatos castellanos.

Los zapatos no me gustaban, por lo que les daba un punto de magia con mis patines de cuatro ruedas. No tenía que estirarlos, mis pies

son pequeños. Ajustaba las correas fuertemente, pues a veces se saltaban cuando me precipitaba cuesta abajo. Así iba al colegio, con mis patines, mi uniforme marrón y una cartera con chapas de Chaplin y Buster Keaton. Dentro de clase no me quitaba los patines e iba por los pasillos del colegio a toda velocidad.

- *Imposible, ¿con patines por el colegio?*

Si es cierto, con patines por el colegio.

Luego tengo otros recuerdos. En el colegio Ramón y Cajal había una señorita que le gustaba ponerme orejas de burro. Eran unas orejas hechas con cartón. Puede que incluso las fabricásemos nosotros en la clase de plástica. Tenían un toque de orejas del Oso Yogui *Jo Jo Jou*, y por eso no me importaba ponérmelas. Me favorecían. La señorita me cogía de la mano y me llevaba de clase en clase

travestido de animal híbrido. Los niños no se reían. Se notaba que me sentía cómodo.

La verdad, no recuerdo el motivo de aquel supuesto castigo y aquella señorita me caía bien. Se llamaba Rosarito y decían que se daba besos a escondidas con el jefe de estudios. Tenía dos pechos turgentes y yo soñaba con meter la cara entre ellos. Olía a melocotón y agua oxigenada y algunos días sonreía y enseñaba dos hermosos hoyitos en los carrillos. Sus dientes eran grises. Fue una víctima tardía del suplemento de hierro, pero en los setenta tener los dientes grises era normal.

Recuerdo a aquella misma profesora, un día en concreto. Las imágenes son nítidas. Recuerdo cosas muy pequeñas y se me cuelan sensaciones y entonces estoy allí otra vez.

Es el día después de la muerte de Franco. Mi profesora Rosarito llega a clase, abre el cajón y tira las orejas de burro a la papelera. Después se sube a una banqueta y quita el crucifijo que preside la clase. Todos los niños miramos con deleite una perspectiva privilegiada de sus hermosas pantorrillas.

Me gustan las medias de las mujeres y pienso en mi madre. Me hubiese gustado que los hombres llevaran medias y falda. Me gustan los cabellos recogidos y la lencería. Me gusta verlo en una mujer, pero me habría encantado poder disfrutar yo mismo de ese universo de velos y tactos. El tocador de mi madre tenía olor a polvos de talco, una caja de música que cuando la abrías sonaba el Lago de los Cisnes y brillaban pequeñas joyas que mi padre o ella misma se compraba. Mis preferidos eran unos pendientes de aguamarinas que le regalaron por la botadura de un barco mercante, el mismo barco donde mi hermano viajaría años después hacia el Sur de Argentina.

Mi padre era director financiero de una empresa de barcos, pero Madrid es una ciudad sin mar. El olor a polvos de talco me calma, los objetos hermosos y la música clásica me calman. Abrías el cajón de la cómoda y olía a lavanda y allí había sujetadores en punta de encaje. Me gustaba frotarlos con ambos dedos. No tenía nada de sexual. Era un puro placer infantil sensorial. ¡Estaba todo primorosamente colocado! Sentías que en un tocador así no podrías perderte.

Franco ha muerto. Ese día pasamos todos mucho tiempo en el patio. Es noviembre y hace frío. Hay pocos niños, eso me gustaba. Yo me siento en el banco del patio al lado del quiosco de chucherías.

- *Imposible, ¿hay un quiosco de chucherías en el patio de tu colegio?*

Sí, sí es cierto y el quiosquero vende cromos de Mazinger Z, Peta zeta y petardos.

- *¡Eso sí que no es posible!!, ¿petardos?*

En efecto, tiene petardos e incluso bomba fétida. No me gustan los petardos, me hacen perder el equilibrio. Si me gusta el olor a pedo de la bomba fétida. No sé por qué. Creo que a todos los niños les gusta ese olor. A los profesores no les importa pues hacen la vista gorda o puede que les dé vergüenza decir la palabra pedo.

Como decía, es el día después de la muerte de Franco y nos han mandado salir al patio. En las clases, corrillos de profesores escuchan la radio. Yo tengo frío, pero, como siempre, me mantengo tranquilo en mi banco del patio. Ningún niño intenta nunca quitarme el sitio o sentarse a mi lado. Tampoco los niños que juegan al fútbol y hablan

muy alto, ni los niños que imitan a Jeans Dean y buscan pelea. Mis compañeros me respetan. Yo sonrío, siempre sonrío. En todas las fotos que tengo de pequeño salgo sonriendo. Por eso a nadie le extrañó que de mayor me hiciese payaso. Tengo un verdugo de lana blanco que solo deja ver mi cara y un poquito de flequillo, pero como decía, me gusta estar solo.

Observo a mis compañeros, a los del fútbol no, a los de James Deán tampoco. Observo a los que juegan al balón prisionero o a las carreras de chapas. Les miro desde la distancia y pienso que son felices y saco un palulú del bolsillo que empiezo a chupar. Llevo un mazo de cromos en el bolsillo interior de la chaqueta. Le pedí a mi madre que me cosiese un bolsillo interior. Es importante para guardar cosas importantes. Tengo el impulso de cambiar cromos, pero también me gusta tener muchas copias repetidas de los mismos personajes. Es una forma diferente de coleccionar.

Es el día después de la muerte de Franco. Hay un silencio notable, casi no pasan coches por la calle del colegio y todo el mundo habla más bajo. Me parece el estado ideal. El ruido me paralizaba, los gritos del patio me dan dolor de cabeza y ganas de vomitar. Vomitar no me gusta, el palulú en exceso tampoco. En cambio, este silencio es delicioso, y paso mucho rato sentado en el banco, disfrutando de la calma que ha traído la muerte de este señor.

Los dedos se me están durmiendo. Casi no los siento. ¿Qué pasaría si se me congelasen? Tal vez me los tendrían que amputar. Imagino mi pequeña mano sin el dedo índice y el anular. Sería un extraño muñón. Tal vez la profesora Rosarito me pasee por las clases enseñando, al resto de niños, mi disfunción física. Me gusta la idea y me voy de vuelta a clase pensando en el destino de los dedos amputados. Irán a formol, a la basura o se convertirán en reliquia de santo.

Pido permiso al conserje para entrar y el conserje me deja. En la clase está mi profesora con el jefe de estudios, no se dan besos, discuten. Me hubiese gustado ver cómo se besaban, aunque, por entonces, me daban asco los besos con lengua. Les oigo, pero no les escucho, sus bocas se mueven y yo les bajo el volumen un poco más. Ahora son personajes de cine mudo. No se han dado cuenta de mi presencia. Silenciosamente me siento en el pupitre. Mis dedos vuelven a cobrar color y recuperan su movilidad. Una parte de mí se entristece, ¡la amputación ya no será posible! Levanto la cabeza y veo otra vez el crucifijo presidiendo la clase. El cristo está tranquilo. El cristo me cae bien, siempre sale alguno en los comics. Me fijo en las heridas de los clavos. Tiene que ser muy doloroso que te claven hierros tan enormes. Me extraña que las manos del cristo no se hubiesen rajado por el peso del cuerpo. Tal vez se rajaron un rato después.

Años más tarde, mi profesor de historia del arte me explicó que al cristo le pusieron los clavos en las muñecas. Fue a partir del siglo XII cuando se comenzó a representar la crucifixión con los clavos en las palmas de las manos. Me parece lógico, es mucho más estético en las palmas de las manos que en las muñecas.

Luego pasan años y mi cuerpo cambia. Ya no uso pantalones cortos, ni me ponen orejas de burro. Ahora soy alargado, algo huesudo y me salen granos enormes en la espalda.

La tarde del 11 de julio de 1982 empezó mi viaje. Tú tenías cuatro años y ya sabías hablar. Faltaban cuatro meses para que los socialistas gasasen las elecciones generales y aquella tarde era la final del mundial de fútbol. Naranjito anunciaba el evento a bombo y platillo en televisión española, y la castellana se llenaba de italianos

y alemanes haciendo cola para entrar en el Bernabéu. A mi no me gusta el fútbol.

Llevaba varios meses preparando el viaje. Me había estudiado, sin mucha pasión, los países que íbamos a tocar, los puertos, las corrientes marinas, la fauna.... Mi padre me había regalado una carta de navegación con la ruta marcada en rojo. Mi madre no quiso ver la ruta. El punto final era Angola.

En realidad, lo que más me motivaba era hacer la maleta. Viajar era secundario, lo importante era hacer la maleta. Una maleta marrón con cintas de escay de segunda mano, la primera maleta que compré.

El forro interior tenía una parte descosida y allí encontré un tesoro, un cuaderno con notas. Era el cuaderno de un vendedor de ovillos de lana. La primera anotación:

Lunes 3 de abril de 1948 Mercería modistilla Cabra, Córdoba. Dueño Martín Delgado. 8 madejas del número siete. Su señora está enferma con conjuntivitis, preguntar su estado en próxima visita.

Me gusta comprar objetos viejos. Ahora son antiguallas, pero hace nada no lo eran. Pasan a mis manos y vuelve a cobrar vida, los resucito y resucito de alguna manera a la señora enferma con conjuntivitis. Pienso que va a ser para siempre, un objeto que vendrá conmigo hasta el infinito.

Ahora tengo un almacén lleno de maletas viejas y mis compañeros payasos me envidian por ello. No se puede ser payaso y no tener maletas.

Mi padre, me había hablado durante toda mi vida de los grandes viajes de Marco Polo. Marco Polo me gustaba, tenía rizos hermosos y no fumaba puros. Mi padre me compraba los tebeos de *Marco Polo*

y los mongoles. Yo veía las viñetas. Me gustan más las imágenes que las letras, lo entiendo todo mejor. Aunque no sé qué es lo que entiendo.

Había una imagen que me atraía en especial y dejé el tebeo abierto por esa página mientras metía la ropa. Marco Polo arrodillado en el salón de palacio ante el Gran Ublai Khan. Alrededor de las murallas un desierto sin arena. En la viñeta se veían fieras quiméricas acechando las murallas, custodiadas por temibles guardianes con cascos de calaveras. En la puerta de la ciudad estacas y un sinfín de personas clavadas en ellas. El palo entraba por el ano y salía por la nuca. Marco Polo no levantaba su cabeza del suelo y el Gran Ublai miraba al europeo. ¿Por qué lo miraba? Yo creo que el mongol no sabía si Marco polo era una mosca o un leopardo. Por ese motivo, en la siguiente viñeta, le obliga a caminar a cuatro patas a lo largo del

salón hasta que llega a sus pies. Marco Polo no se siente ofendido y llega sin problemas ante los pies del Gran Ublai Khan

- Es una mosca, no cabe duda- Piensa el monarca

Luego Marco Polo levanta los ojos y el Gran Ublai piensa

– Es un leopardo, no cabe duda.

Era tan fascinante empezar un viaje así.

Tardé mucho tiempo en elegir las zapatillas que habría de llevar – bambas-, las camisetas, el chubasquero (por si había tempestad), mi dentífrico, algo que oliera a menta, un desodorante de adulto en crema, mi cepillo de dientes nuevo, dos puzles de quinientas piezas, varios libros, cartas, una gorra.

Llegamos a la estación de Atocha a las nueve menos diez de la noche. El centro de Madrid estaba desierto y una tensión pre partido salía de los bares. Había poco tráfico y llegamos sin problemas. El tren salía a las nueve y cuarto. Mi padre hablaba todo el rato, mi madre iba callada y llevaba un abrigo largo, aunque hacía calor. Antes de despedirme, mi padre me hizo a parte. Sacó de su bolsillo interior un cuaderno envuelto con una tela muy vieja, es la tela más vieja que nunca he visto.

- Es el diario de tu bisabuelo, cuando estuvo en la guerra de África, cuídalo.

De golpe, sentí que me convertía en hombre, aunque me quedé en un metro sesenta y cinco centímetros. Me había contado muchas historias del bisabuelo, pero no solían gustarme. Teníamos su rifle de guerra colgado en el despacho de mi padre en casa. Muchas veces había mirado aquel armatoste y siempre se me erizaba la piel.

Coloqué el diario en mi mochila. Luego me dieron ganas de lavarme las manos.

Hacía calor y yo nunca había viajado en coche cama. Tenía asiento en ventanilla. El tren se puso en movimiento. Me dio un vuelco el estómago. Mis padres se fueron haciendo diminutos, más diminutos, una mancha, un borrón. Mis padres ya no estaban. Por la ventanilla del tren empezaron a pasar fábricas derruidas y luego llegó la noche. En ocasiones todo estaba oscuro, solo veía mi cara reflejada en el cristal. Mi nariz grande de judío. Luego aparecían hogueras, como un recuerdo de la noche de San Juan. La gente envuelta en un halo de fuego y misterio. Unos segundos y desaparecían. La oscuridad otra vez en el vagón. Intenté dormirme, pero no podía. Estaba excitado y de tanto en tanto abría mi maleta y revisaba si había olvidado algo. El cuaderno de mi bisabuelo, por el momento, no lo miraba, pero lo

sentía latir dentro de mi mochila. Miraba mucho la hora también. Tenía un reloj digital que cronometraba hacia atrás y hacia delante y era muy gordo, me hacía sentir una boina verde.

Salí al baño con mi neceser. Era purpura. Los marineros no llevan neceseres púrpuras, pero la cremallera era muy fuerte. Me cepillé los dientes y olí el desodorante mentolado en crema de adultos. Me lo froté también en el pecho. Luego volví a mi compartimento. Abrí la maleta y coloqué en su sitio el neceser. Aproveché para acariciar el chubasquero azul imaginando tempestades en el Atlántico...

El traqueteo me mecía y pensaba que el tiempo que me quedaba por vivir era eterno. Me dolía un diente también. ¡Qué fastidio! Una excusa para lavarme otra vez los dientes y usar obsesivamente mi dentífrico nuevo. Lo había elegido con bicarbonato, pues pensaba

que calmaría las molestias de mi sensible boca. Bicarbonato y eucalipto. Me costó encontrarlo.

Los trenes no me marean, me marean los autobuses, los taxis con ambientador, los parques de atracciones, los perfumes fuertes, cuando alguien habla mucho, las aglomeraciones, los partidos de fútbol y el olor a gasolina, la luz directa y también la cola de zapatero. Los trenes me gustan. Y el dentífrico no funciona para todo. Si alguien habla mucho le miró fijamente a la boca y bajo el volumen. Otras veces subo el volumen de una conversación, elijo mentalmente la música más apropiada y mezclo las dos pistas. Ya tengo un videoclip.

La gente me cuenta sus cosas y a veces me gusta, pero otras no. El efecto videoclip es genial, me hace más llevaderas las conversaciones

en grupo. Me hace más llevaderas las conversaciones pesadas. Si veo que el videoclip no funciona saco mi lata de bálsamo de tigre y me unto un poco debajo de la nariz. Eso me calma. Me gusta la menta, el poleo, el eucalipto...

José era mi compañero de viaje en el tren y también sería mi compañero de viaje en el barco. Yo le quería mucho, pero no me gustaba mucho. Una noche, escuché a mis padres discutir en el cuarto. La puerta estaba entreabierta. Mi madre dijo

- *Si no va otro muchacho amigo de la familia, mi hijo no pisa ese barco.*

Luego mi padre contestó mientras cerraba la puerta del cuarto y no oí nada más.

José hablaba muy alto y yo le bajaba el volumen. Me contaba muchas cosas de chicas. Unas tenían las tetas como racimos de uva, otras como cojones de pato. (no me gustó esa imagen). Lo había visto en las revistas porno. Llevaba cuatro, él me lo contó, pero no me las enseñó y yo quedé agradecido. Hablaba mucho de su padre. Había sido militar y que él sería militar. Llevaba un reloj en la muñeca más grande que mi Casio, pero no era de boina verde, era de señor con puro. Tenía la correa de cuero y el reloj estaba ribeteado en oro. En la esfera, los números romanos. El reloj se lo había regalado su padre antes de partir. Yo pensé otra vez en el diario del bisabuelo, pero no le comenté nada. José no paraba de mirar el reloj y de enseñármelo. Se lo acercaba a la oreja y escuchaba el sonido del engranaje moviéndose. Algunas cosas me interesaban, otras no. Por eso le bajaba el volumen. Cuando José llevaba mucho tiempo hablando, se callaba y me miraba. Esperaba que le contestase, pero no sabía qué

decir. Soltaba lo primero que se me ocurría e intentaba zanjar la conversación, pero él se molestaba. Mis comentarios, aunque eran muy cortos, le molestaban mucho. En cambio, él hablaba durante horas. Pensé que además de bajar el volumen sería genial poder darle al pause.

Su padre era amigo de mi padre y a veces comíamos todos juntos. Su padre venía solo con José y a veces sin José. Un día mi madre me contó que el matrimonio se había separado. Lo sentí por José.

Tres años después de nuestro viaje a Angola, su padre pondría una caravana en la finca que mi familia tenía en Tejas Negras, un pueblo de Guadalajara. Yo me haría muy amigo del padre de José. Venía a buscarme los sábados y me llevaba a un pantano donde los dos navegábamos en un pequeño velero. Yo le contaba mis cosas de joven y él me escuchaba. Luego comíamos la tartera que preparaba

mi madre y él, cada mes, me hacía un regalo. Una vez me entregó un gran paquete y al abrirlo encontré un libro primorosamente encuadernado, *Dioses, Tumbas y Sabios*. Los siguientes meses le relataba las historias del libro, mientras pescábamos en el velero. Seguramente mis historias alejaban a los peces, pero a él no le importaba, le gustaba escucharme. Me cocinaba, me preparaba la cama, dábamos grandes paseos. Él era silencioso y un dolor le atormentaba. No sé qué dolor era, pero creo que encontraba cierta paz en mi compañía. ¡Éramos tan distintos!

José rompería la relación conmigo para evitar tener contacto con su padre. Me daba mucha pena. Pasaron años sin verse y creo que no se hablaban. Un día pensé que tal vez José podría ser hijo adoptivo de mi padre y yo del suyo, pero mi padre era un hombre extraño y no casaba con José. Yo tenía dos padres y me pesó que él se sintiese huérfano.

A las siete de la mañana llegamos a Huelva. Me pareció una ciudad fea. Escucho los sonidos del puerto. Me dan ganas de salir de este recuerdo. Sin esforzarme, vienen las imágenes y desaparezco del salón de mi casa, ahora estoy en Huelva y me precipito hacia un viaje en un barco mercante rumbo a Angola. Vuelvo a ser un adolescente y no te conozco aún, pero pienso que merece la pena volver a vivir esta historia para contártela.

Es una ciudad desangelada y me entra angustia, echo de menos a mi madre. El taxi al puerto huele a ambientador y el puerto entero a gasolina, pero el barco está ahí. Tengo un poco de nauseas. Es inmenso, grande, inmenso, grande y verde, verde botella. Unas letras blancas, un poco oxidadas, lo bautizan como Marlow. No puedo con mi maleta y me tambaleo. Prefiero que José no me ayude. Hay

marineros que nos esperan y nos miran al subir por la pasarela. Es muy estrecha y se mueve con cada paso. Un marinero sin un dedo se me acerca, me sonrío. Busco mis caramelos de menta como quien busca una llave que ha perdido, están ahí. Me olvidé de comprar muchos para todo el viaje. Hay otro marinero con mono azul, se acerca, me pregunta mi nombre con acento gallego. Yo se lo digo. Luego me pregunta mi apellido. No quiero decírselo, pero me lo vuelve a preguntar y yo al final se lo digo. Huele fuerte.

Los marineros sonrían mucho, y yo ahora mido ochenta centímetros menos. Soy más pequeño que mi maleta. Pienso en las hormigas transportando migas de pan. Eso me anima.

Tengo un camarote espacioso y todo de madera. José tiene el camarote de al lado. Es menos chulo, con dos literas, aunque solo para él. Me gusta más el suyo. El mío es demasiado grande y me hace aún más pequeño. Pongo mi maleta sobre una mesa y empiezo a

deshacerla. Voy preparado y eso me tranquiliza. Tengo siete camisetas nuevas y sus texturas me gustan. Pienso que voy a disfrutar mucho cuando me las ponga. Siete días estrenando camisetas. Me gustaría que siempre fuesen nuevas y siempre fuesen las mismas. Tengo una ventana redonda. Un pequeño lavabo y un espejo también redondo con un marco de madera. Me miro en el espejo y pienso en los daguerrotipos de los niños muertos del S. XIX. Pongo cara de difunto antiguo, si tuviese polvos de talco sería más realista. Me acuerdo del diario de mi bisabuelo. Lo saco de la mochila. La tela es muy vieja pero no me gusta. Pienso en ponerlo en el cajón de la mesilla, pero estaría muy cerca de mi cabeza. Es mejor que esté cerca de mis pies, debajo del colchón, pero entonces estaría muy cerca de mi piel. Pienso en tirarlo por la borda. Lo coloco debajo de la cama.

El barco tiene muchos vericuetos y enseguida me pierdo. Todo suena a metal, los pasos, las puertas de la borda, las escalinatas, el capitán, los oficiales. Son un poco de metal. Creo que les fastidia mi presencia, la nuestra. Tienen acentos de Cádiz, Bilbao, Vigo... El barco va a zarpar, no suena la bocina. Yo estoy en la proa, delante, me da el viento, poco a poco nos vamos marchando, comienza a serpentear la bahía, la tierra está lejos, muy lejos, ya no se ve, suena la bocina. Me duele el diente y creo que me ha picado un insecto en una oreja.

Mi primera cena a bordo. Hay gambas por todas partes y es algo que se me había olvidado poner en mi lista de "me marea". La comida es muy adulta y los platos son muy copiosos. Hay muchas gambas y restos de ellas. Es el salón de los oficiales. Allí no comen los marineros, allí solo comen el capitán, el jefe de máquinas, el contramaestre y el primer y segundo oficial. Todos llevan uniformes

y yo llevo pantalones cortos y se me ven las piernas pequeñas. Estoy tenso y se me cae el pan al suelo. Bajo a cogerlo y veo ocho piernas muy fuertes, con pantalones planchados con raya, calcetines blancos y zapatos lustrosos. Vuelvo a subir y me mareo. Hay un movimiento suave y la copa de vino se balancea. Yo no quería tomar vino, pero el primer oficial me ha servido media copa. El vino se mueve, a derecha y a izquierda. Si lo miro mi cabeza también se mueve. Hablan alto y las gambas aparecen y desaparecen dentro de sus bocas. QUITAN las cabezas y un líquido rosado sale disparado y mancha el mantel blanco. Algunos succionan las cabezas, José también las succiona. No puedo hacer un videoclip, no puedo bajar el volumen, no puedo darle al pause.

El camarero trae una bandeja inmensa con bocas y pechos de cangrejos gigantes. La pone cerca de mí. Todos se lanzan a por cangrejo. Los tronchan con pinzas de cirujano mariscador. Los

cangrejos crujen y se descoyuntan y luego son absorbidos por bocas, algunas bocas tienen bigotes. Los oficiales se ríen, José se ríe y el capitán está serio. Yo también. Huele todo a marisco, a gasolina, a perfume fuerte, la oreja ha crecido por el picotazo. La hinchazón crece. Mi encía crece. ¿Dónde está Marco Polo?

Salimos del comedor de los oficiales y nos dirigimos hacia los camarotes. José está muy adaptado, es más hombretón. Nos despedimos. Mi cama tiene vallitas como si fuera una cuna para gigantes. Si hay tempestad los barrotes no me dejarán caer. Me pongo mi pijama nuevo. Me duermo, el mar me acuna, el motor diesel no. La boca no me sabe a menta, más a combustible. Creo que soy demasiado pequeño para esto.

Un rato después, pasos en el pasillo me despiertan. Recuerdo el sueño que acabo de tener; miraba un calendario y los meses pasaban a tener ochenta y tres días. En el calendario había un culturista que me guiñaba el ojo. Cuento los días para volver a casa y sé que un mes tiene treinta días. No sé si han pasado dos días desde que salí de Atocha o un día. No hay marcha atrás.

Me vuelvo a dormir, sueño mucho, retazos de sueños, luego un sueño largo. Estoy en mi barrio en Arturo Soria, pero mi casa ha desaparecido. Mi madre no está, mi hermana tampoco. Yo sé dónde están, pero en ese momento no lo recuerdo. Me siento muy mal, hay algo que no va bien, ¿cómo puedo haberlo olvidado? Sé que ellas no están bien.

El despertador ha sonado a las tres cuarenta y cinco de la mañana. Es mi Casio, mi reloj gordo de boina verde. Siento una tiniebla por

dentro y por fuera. La madrugada está cerrada y aún busco a mi madre y a mi hermana. Estoy despierto y las estoy buscando en el camarote. Vuelve a sonar el despertador, no estaba despierto me había vuelto a dormir. Salto de la cama, pero los barrotes de los laterales me lo ponen difícil. Me doy un golpe en el muslo y me duele, me va a salir un moratón enorme. Me gustan los moratones. Consigo salir de la cama y enciendo la luz. Ahora todo es más real. Me miro al espejo y estoy pálido, ya no necesito polvos de talco. Me lavo los dientes y el sabor mentolado me alivia. Me palpita la encía y la oreja está muy hinchada. Me hace sentir mal, es como un grano que sale el día antes de una cita.

Subo al puente de mando. Me espera el segundo oficial. Me cuenta cosas, me explica cómo funciona el GPS. No hay ni escuadras ni compases, ni mapas astrales. Es una gran pantalla iluminada en

verde. Cada tanto, suena un pitido agudo que nos indica nuestra posición en el océano. El oficial me enseña a interpretar esa información, según mis cálculos de primerizo, estamos en Carabanchel.

- *No te metas en mar, es muy duro.*

Eso me dice el oficial. Luego silba una canción y yo la conozco, me animo y la canturreo:

“Soy chiquitito, puedo nadar, vivo en el río y en alta mar”

El oficial se ríe y me atusa el pelo. Me dan ganas de llorar, pero me repongo.

¿Mi padre quiere que me haga marinero? Creo que sí, por eso me ha animado a hacer este viaje. Él nunca ha montado en barco, solo en las barcas del Retiro, pero a mi padre le gusta también Marco Polo.

Pasan las horas, el cielo es muy negro y solo hay mar y cielo. Ambos son negros. Veo millones de estrellas y se juntan las unas con las otras creando nebulosas. Me da miedo y me gusta, me gusta mucho. Es como si estuviésemos en otro planeta, es un planeta marciano y sus habitantes también son marcianos. El tiempo tampoco funciona igual aquí. Mi Casio nuevo tiene problemas y se adelanta y se atrasa. Puede que el mar sea como un agujero negro y el espacio tiempo se dilata y se contrae. A lo lejos vemos las luces de otros barcos. A lo lejos vemos un farol chino encendido, es tu terraza suspendida en medio del océano y estás leyendo un libro mientras fumas un cigarrillo. Luego levantas la vista y yo te saludo desde el puente de mando. Nos mandas un mensaje por la radio de onda corta.

- *Terraza Suspendida a Marlow. Los peces parecen felices y la mar se siente bien. Mando besos a toda la tripulación, en especial al pequeño náufrago. Cambio.*

Me pongo muy contento al oír tu voz. EL capitán me deja contestar.

- *El Marlow a Terraza Suspendida. Recibimos los besos.*

Mándenos postales con pasajes de su libro. La mar es muy aburrida. Es usted muy bonita.

La comunicación termina y Terraza Suspendida apaga su farolillo chino, perdiéndose otra vez en la inmensidad del espacio tiempo.

El oficial me manda a por café. En los barcos hay cafeteras como en los bares. Puedes calentar la leche con vapor y tomar todo el que quieras. Me gusta mucho el olor del café. Subo con los dos cafés al puente de mando. Tengo mucho cuidado, pues tropiezo a menudo, aunque no haya nada con que tropezar. Me siento bien tomando café a solas con el oficial. Me cuenta que tiene una mujer y dos niñas y que la mar es dura. Creo que le caigo bien y el diente me duele

menos. Empieza a amanecer, el azul va entrando y el frescor es delicioso.

- *Un león marino. ¿Lo has visto?*

Los peces voladores aletean en cubierta, un grupo de delfines se acaricia en la protuberancia de proa. Tengo quince años.

Mi turno ha terminado. Son las ocho y me despido del oficial. Salgo a cubierta y el sol me da en la cara, también un rocío de gotas de agua salada. La claridad aún es tenue, pero poco a poco me empiezo a sentir cegado. Mis pantalones cortos son un poco ridículos al lado de los monos azules. Me estoy mirando las piernas cuando veo salir al marinero gallego que huele fuerte, el que me preguntó el nombre al entrar al barco. Me mira de arriba abajo. Le saludo con un hola que suela a tonto del culo. Él me mira, pero no me saluda. Sigue mirándome mucho rato. Sus ojos son negros, pero no me recuerdan

a Platero, son ojos negros de alquitrán, con el brillo del alquitrán al sol. Me mareo.

De pronto gira la cabeza y empieza a correr con un paso al trote, footing. Recorre los setenta y cinco metros de eslora del barco. Llega a un punto y luego vuelve. Yo me aparto y me quedo agazapado en la amura de estribor. Da una vuelta, dos vueltas, da muchas vueltas. Pasa por mi lado y siento su olor fuerte, aún más fuerte. Quiero irme a mi camarote, pero estoy atrapado en una energía concéntrica generada por el circuito del marinero. Siento miedo, no me mira, pero no le gusta que esté allí. Cada vez va más rápido. Yo tengo que atravesar la cubierta para llegar a la puerta. La cabeza me da vueltas y la oreja me late, tengo una náusea y el sol ya ha salido, hay mucha claridad. Miro fijamente la puerta, me imagino llegando a ella. Estudio el momento en que el marinero está más lejos. Somos dos planetas en rotación que pueden chocar. Intento trazar una

trayectoria que no colisione con su órbita. Uno, dos, tres, me lanzo con el paso acelerado, él viene hacia mí, ahora va al sprint, va a arrollarme, siento su aliento pesado, el alquitrán de sus ojos. ¡Ya estoy dentro! Oigo como se ríe fuera, se ríe a carcajadas. Su risa es como la del Gran Ublai, no, es peor, porque el marinero no tiene poder. Se me paraliza el corazón y me apoyo en la pared. Creo que voy a vomitar. Vomito. Luego no me acuerdo, sueño, me despierto, nada, vuelvo a soñar.

Faltan dos días para llegar a Las Palmas, y yo tengo que guardar reposo. Me encontraron sentado al lado de mi vómito, deliraba un poco. El capitán ha venido a mi camarote para hablar conmigo. Ha sido muy amable. Yo no le he contado nada del marinero gallego. El capitán me ha dado un paquete de chicles anti mareo y me ha explicado cosas del barco. En Las Palmas podré ir al dentista y

comprarán mucho tabaco y otras cosas para la travesía. Cuento los días, solo han pasado tres desde que embarqué. El capitán me habla del puente aéreo entre Las Palmas y Madrid, y yo me lo pienso, pero quiero darle un poco más de tiempo a mi aventura. Seguro que para Marco Polo tampoco fue fácil al principio. El capitán me habla del paso del Ecuador:

- Los marineros novatos, el día que atraviesan por primera vez el paso del ecuador, sufren una serie de ritos. Todos los marineros les gastan bromas durante el día y al llegar la noche, el capitán del barco les bautiza.
- ¿Tendré un nuevo nombre?
- Sí, tendré que elegir un nombre para ti. Dentro de una semana serás un hombre y te daremos un diploma. Será como nacer de nuevo, dejarás de ser un niño.

El capitán también me cuenta que en caso de dolor extremo del diente me pondrán una inyección de morfina. En todos los barcos hay una inyección de morfina y una pistola. El capitán los guarda en la caja fuerte de su camarote.

Luego el capitán se va y entra José. Le han ordenado que me haga compañía unas cuantas horas al día y que me lleve la comida. José entra con cara de fastidio. No quiere estar allí y yo tampoco quiero que esté. Trae una bandeja de madera con huecos para el plato y el vaso. Así no se caerán con el bamboleo del mar.

Me pongo la bandeja sobre las rodillas. Es una sopa de marisco y vuelvo a sentir náuseas. José me mira con un poco de desprecio y un poco de cansancio. Mi debilidad pone a todos nerviosos, creo que también al capitán, aunque haya sido muy amable conmigo. He terminado, le doy la bandeja a José y esté la coloca en el suelo.

- ¿Qué es eso que tienes debajo de la cama? -

Me pregunta.

- ¡No lo sé!
- Es un paquete envuelto con un tela vieja- mientras lo dice ha cogido el diario y se ha puesto a desenvolverlo
- Es el diario de mi bisabuelo, estuvo en una guerra en África y mi padre me lo ha dado
- ¿En una guerra?, ¡qué pasada! -

De pronto toda la apatía de José desaparece, e incluso la mía también. –

- ¿Te importa si lo leo?

Le pido que lo lea en voz alta. Yo no me había atrevido casi a tocarlo, me daba escalofríos, pero su entusiasmo me azuza cierta curiosidad.

Deja la tela vieja sobre la cama, cerca de mi tripa, y siento otra vez el olor del marinero gallego y una repulsión inmensa hacía el tejido. Le

ruego a José que guarde el pañuelo en su bolsillo. Él me vuelve a mirar fastidiado, pero lo hace sin rechistar. Se sienta y comienza a leer.

“ 17 de julio de 1923. Campamento de Annual”

Mi compañero era de Navarra. Mi compañero ha muerto. Ha muerto de disentería. Sus pantalones están sucios, su cara y sus manos. No quiero acercarme a su cadáver. Puede que si no lo muevo yo nadie lo mueva y se quede en el puesto hasta que lleguen los rifeños. Le he cacheado y he encontrado este diario. He arrancado todas las hojas que él había escrito y ahora me dispongo a escribir, ahora es mi diario.

Sé que voy a morir y sé que será pronto. Llevamos dos semanas en este agujero. Había poca agua y poca comida. Ayer se terminó el agua. El calor a veces me hace delirar. Hace unos segundos vi como yo mismo mataba a mi compañero para hacerme con su diario y poder escribir, pero no es cierto, mi compañero ha muerto de disentería y yo tengo sed, mucha sed.

Les oigo por la noche con sus cantos del infierno, siento sus lenguas moverse e invocar un grito de guerra que me hiela la sangre. Pero no me importa luchar. Tengo unas alpargatas que, si corro, se me salen del pie. Por la noche los dedos se me congelan y por el día el calor me seca aún más la garganta. En mi puesto ya no hay nadie más, mi compañero murió de disentería y yo tengo su diario, y ahora puedo escribir. Mi rifle tiene al menos veinte años y la bayoneta está muy afilada. Colocaré la culata del rifle en el suelo y los moros caerán uno

a uno, atravesados como pinchos morunos. Yo ganaré esta guerra, no la ganará Silvestre, la ganaré yo.

Ayer vi partir un mensajero. Cuando pasó por mi puesto le pregunté si tenía agua, pero no tenía agua. Le pregunté si tenía comida. Me miro un rato a los ojos y luego sacó de su bolsillo un trozo de cecina. Me abalancé sobre la carne y la chupé y la mordí. La sal de la carne me reseco terriblemente los labios y ahora mi sed es peor. El mensajero me dijo que llevaba un mensaje a Berenguer para que nos trajeran agua, pero no le he visto volver. Puedo oír a los rifeños por todos lados, por el norte y por el sur, por el este... están alrededor, solo hace falta escuchar. Se mueven sigilosos, sin alpargatas, con los pies desnudos. Puede que yo también tenga que deshacerme de mi calzado.

Mi puesto huele mal, el navarro se está descomponiendo muy rápidamente con este calor. Tendría que sacarle y arrojarlo en mitad

del campo, pero me da pena y me hace compañía. Nadie ha venido hoy a preguntar por novedades, nadie nos ha traído agua o comida. No sé qué hora es, aquí hay mucha luz, el día no termina nunca, y cuando es de noche, pasa lo mismo, la noche no termina nunca. Tal vez esta noche deje mi rifle y mis alpargatas y me arrastre durante horas hasta llegar a Melilla. Allí seguro que hay agua. En cuanto me vea algún oficial me matará. Levantará su arma y me pegará un tiro en la cabeza. Pero puede que antes haya echado un trago, un trago de agua.

A mi madre le dieron un duro cuando vinieron a casa a reclutarme. De alguna forma mi madre y ese duro me atan a estar aquí con mi bayoneta. Voy a matar a estos moros hijos de puta, les voy a reventar el cráneo con mis dos manos, dejaré secos a cientos de ellos y luego volveré a casa y beberé litros de agua y el periódico dirá que yo he ganado la guerra.”

José caya y yo también. Ambos pensamos que no tendría que haber leído el diario. Al abrirlo, el mismo olor nauseabundo ha salido de las páginas y ha inundado la habitación. Con solo olerlo José y yo nos hemos ido a las trincheras y allí hemos visto a mi bisabuelo. Tenía la misma nariz que yo y sus piernas también eran cortas, pero su pecho estaba terriblemente desarrollado, tanto que parecía teparle el cuello. Le hemos visto muy mal y el olor le estaba trastornando.

Al terminar de leer José estaba amarillo. Él quiere ser militar. Luego ha salido de la habitación y ha dejado la puerta abierta para que entrase el aire. Yo cojo mi pomada de menta y la huelo un buen rato. La nausea ahora está más tranquila. José ya ha vuelto, con una jarra de agua y los dos bebemos pensando en la sed. Le cuento a José que mi padre conserva en su despacho el rifle de mi bisabuelo. Le cuento

a José que es muy antiguo y, como aparece en el relato, tiene una bayoneta inmensa. Mi padre dice que es del 1890.

José y yo estamos un rato en silencio, luego él saca de su bolsillo la tela vieja y envuelve el diario. Le invito a que se lo lleve a su camarote por si quiere seguir leyéndolo, pero José dice que no y lo vuelve a colocar debajo de la cama. Luego se va. Me quedo en la cama con los ojos muy abiertos sintiendo el diario. Huele aún más fuerte. El tufo sale por la trampilla, recorre los pasillos y termina en la habitación del marinero gallego. Él va a reconocer su propio olor y entonces va a seguir el rastro, como si fuese un ratón en busca de queso. Olfateará y olfateará hasta pararse enfrente de mi habitación y sabrá que el olor proviene de mi camarote.

Hoy hemos llegado al puerto de Gran Canaria. El segundo oficial me ha acompañado al dentista. Ha sido muy doloroso, ¡pero estoy tan

feliz! Me han quitado el diente, no se nota porque es el que está entre el colmillo y la muela. Mi boca es pequeña y la abro poco, así que casi no se nota.

Me ha invitado a comer una hamburguesa con patatas y refresco en una hamburguesería local y me ha gustado mucho. Aún tengo la boca dormida por lo que he podido masticar la hamburguesa sin sentir ningún dolor. Luego el oficial me ha hablado de su hija. Toca el piano y le gusta Chopin. A veces recibe un casete con los ensayos de su hija y a él le gusta ponerse el casete en la cubierta de mando mientras es de madrugada y mira las estrellas. Echa mucho de menos a su familia y yo le escucho mientras como la hamburguesa. Las manos de su hija deben ser blancas y muy finas. Me gustaría conocerla y escucharla tocar. Me imagino que tendrán una casa en Cádiz cerca del mar y la joven tocará a Chopin en la hora de la siesta. Allí se reunirán todos

los gatos a escucharla, pues es sabido que a los gatos les gusta escuchar a Chopin. A mí también me gusta.

Es estupendo volver a sentir tierra firme y que el fresco no se mueva. Paseo por el puerto y pienso en volver a casa, pero luego pienso en mi padre y me digo que tengo que tener paciencia. Como me ha dicho el capitán, este viaje me va a convertir en un hombre. Seguro que mi padre quiere que me convierta en un hombre.

Cuando llegamos al barco todo está listo. El primer oficial se ha encargado de hacer las compras. Hay muchos paquetes de tabaco Malboro y también wiski y Vodka. Cada hombre ha encargado dos cartones de tabaco y dos botellas de alcohol fuerte. Luego muchas cervezas, han llenado casi toda una cámara con cervezas procedentes de toda Europa. Además de todo esto, transportamos pertrechos para las flotas pesqueras españolas en el Gran Sol. Nos dirigimos a Angola y haremos tres paradas. Porto Alexandre en la

frontera con Namibia, Lobito y Luanda, la capital por aquel entonces del país. En cada puerto descargaremos provisiones para barcos con nombre como Maposa V o Maposa III y cargaremos a su vez miles de toneladas de merluza, cangrejo y gamba.

Todas estas mercancías se guardan en las bodegas, menos el alcohol y el tabaco que se guarda en el pañol de proa. Los oficiales no lo venderán a la tripulación hasta que salgamos a aguas internacionales.

Hoy es 17 de julio. Llevamos una semana navegando, pero desde que desembarcamos de Gran Canaria, todo es aún más diferente. Los marineros tienen poco trabajo y pasan muchas horas al día en cubierta o en sus camarotes. Beben y hay olor a humo, aunque no parece que el alcohol les afecte mucho, solo están un poco más

risueños, y algunos hablan conmigo, aunque sigo teniendo la sensación de que no les gusto.

Hay una sala de proyección con una pantalla de treinta pulgadas.

Tenemos varias cintas de VHS pero en general ninguna me gusta, solo *alguien voló sobre el nido del cuco*.

Cuando no sé qué hacer, me voy a la sala y pongo la cinta. Ya he visto la película muchas veces. Es muy adulta y me encanta la mirarla. El pelo de Jack Nicolson es genial. Por las noches ponen películas, pero a José y a mí no nos dejan entrar porque dicen que son para mayores de 18 años. Creo que *alguien voló sobre el nido del cuco* es para mayores de 13, pero no estoy seguro.

El diente ya no me duele y a veces tengo nauseas, pero me siento un poco mejor. Son las 22h. Mañana llegaremos a la costa Senegal y Gabón y será el gran día, atravesaremos el ecuador. Me pregunto si el capitán habrá pensado algún nombre para mí o se le habrá

olvidado. No sé si lo del diploma es verdad o una broma para tomarme el pelo. Mañana lo veremos. Me voy a mi camarote, oigo a los marineros en cubierta cantando canciones de Triana. Puedo distinguir la voz del marinero gallego, es el que más bajito canta, pero su voz es pesada como el lodo.

Es hora de dormir, mañana tengo que madrugar mucho. Huelo mi pomada mentolada y me siento mejor. Me la restregó por el pecho y por la cara, luego apago la luz. El sonido del mar me balancea, el motor me aturde, el diente no está, mañana cruzaré el paso del ecuador...

Los pinos de Arturo Soria se mueven con el viento, son un poco amarillos. Vuelvo a saber que en mi casa no hay nadie, mi madre y mi hermana han desaparecido. Yo sé dónde están. Estoy delante de los pinos y estoy muy nervioso, han puesto un cartel que dice Próxima construcción de chalets. No puedo estar quieto, lo van a descubrir,

sabrán entonces donde está mi madre y mi hermana y eso no puede ser. Tengo que mantener el secreto, tengo que seguir ocultándolas... Camino por las calles de mi barrio y estoy muy solo, las echo de menos, pero ya no hay vuelta atrás. El corazón me pesa tanto que no puedo casi andar. Me siento debajo de un árbol y el árbol se retira para no tener que soportar mi peso. Los transeúntes no me miran. Saludo a un vecino y no me saluda. Empiezo a ver como se les borran los rostros y tengo miedo, ahora no conozco a nadie, mi barrio ya no es mi barrio, es el barco. Me pierdo en los pasadizos internos. Todo resuena a metal y el metal devuelve un nombre, pero ese nombre no es el mío. Ahora sé que mi madre y mi hermana están en el barco, corro en su busca, miro por las ventanas redondas, pero solo veo a marineros, hay muchos, muchísimos y todos me miran como si estuviese loco. Creo que oigo uñas arañando la escotilla. Son ellas.

Suena el despertador, las 3.15. Antes de abrir los ojos oigo otra vez a Triana, la misma canción. Ahora solo la canta el gallego y su voz es más pastosa que antes. Está al lado de mi ventaba, estoy seguro que si me asomo encontraré su cara. Me inquieto, pienso que el barco es muy grande y no entiendo por qué está al lado de mi ventana, han pasado cinco horas y sigue cantando la misma canción. Creo que está bebiendo. Al menos la ventanilla está cerrada y no siento su olor, pero sí siento el olor del diario del bisabuelo. Su voz y el olor del diario, parece que el marinero está a los pies de mi cama y me mira. Me levanto de un salto, no quiero seguir pensando en él. Me lavo la cara y los dientes a oscuras, para que el marinero no sepa que me he levantado. Luego me pongo mis bambas, unos vaqueros cortos y la última camiseta nueva de algodón. Me gozo la sensación a nuevo en mi cuerpo. Cojo el reloj de boina verde y me lo voy poniendo mientras llego al puente de mando.

El oficial está hablando por la radio corta en francés con un buque senegalés. A los pocos segundos termina.

- Hoy es el gran día- me dice
- ¿Crees que el capitán se habrá acordado de buscarme un nombre?
- Seguro que sí, es un tema muy serio y el capitán es un tipo muy serio
- ¿Has visto hoy el farolillo chino?
- No, hoy Terraza Flotante no ha dado señales de vida
- ¿Y hay novedad de tus hijas?
- ¡Pues sí! Te he traído el último casete para que lo escuchemos juntos.

Me pongo muy contento. El oficial saca de la bolsa de mano una cinta de 60 y la coloca en un casete que está conectado a unos altavoces geniales. Le da al play y escuchamos una voz

- Hola papa, ahora voy a tocar para ti los nocturnos. Hace pocos meses que ensayo, pero ya me gusta como suena. A los gatos también les gusta y se reúnen a menudo a escucharme. Son una audiencia exquisita por lo que tengo que esforzarme al máximo. Te quiero papa y te echo de menos.

Noto como el oficial se emociona, yo también me he emocionado.

Ella toca para los gatos.

Comienza a sonar _____ y yo me deshago. El universo es infinito y bajo la influencia de la música, siento muy cerca el farolillo chino y la casa en la costa de Cádiz llena de gatos tomando leche y escuchando Chopin. Pienso que el mundo es maravilloso y que yo soy un ser muy pequeño, eso me gusta.

Cuando termina mi turno no tengo sueño. Tampoco quiero subir a cubierta, temo encontrarme con el marinero gallego. Decido irme a

la sala de proyección y volver a ver *Alguien Voló sobre el nido del cuco*. Puedo verla tumbado en el sofá y puedo quedarme dormido, eso me gusta. Mis sueños están siendo angustiosos, pero con la película me sentiré acompañando. Entro en la sala y meto la cinta en el reproductor. Aparece en la pantalla los créditos y me tumbo en el sofá. Me encanta ver pelis, es de madrugada y no hay nadie que pueda decirme que me vaya a la cama. Esa parte de ser mayor me gusta. Oigo la puerta, alguien ha abierto. Giro la cabeza y veo al marinero gallego. Me quedo de una pieza. El corazón se me para, tengo dificultad para respirar. El marinero se acerca muy despacio hacia mi y me mira desde arriba. Yo sigo tumbado en el sofá totalmente rígido. Va al reproductor, saca la película y mete otra cinta. Luego le da al play y se sienta a mi lado. Yo he retirado los pies e intento sentarme. Una melodía, como hilo musical feo, empieza a sonar y luego los rótulos. Veo en la pantalla una gran polla, es

enorme y su propietario mueve su mano arriba y abajo en una masturbación dura. Luego aparece una mujer abierta de piernas y en primer plano su vagina. Me estremezco, nunca he visto una vagina de cerca. Siento que el marinero me está mirando, siento su olor nauseabundo y la gran polla vuelve a entrar en plano. Ahora se acerca a la mujer que espera tumbada en una cama.

Quiero levantarme e irme. Hago un ademán rápido, pero el marinero me coge por el brazo y me hace sentarme. Me siento mientras evito una arcada. Su piel es áspera, no puedo soportar su olor, es avinagrado, de piel enferma y recocida en sudor, todo ello mezclado con *aftershave*. El hombre, al que solo se le ve el pene, se coloca delante de la mujer y la enviste. Se ve como su pene grande entra en la vagina de ella. Es muy gráfico, el pene entra y la vagina lo recibe, pero no me gusta, no quiero seguir mirándolo. Creo que me estoy empalmado y el gallego no despega sus ojos de mí. Me vuelvo a

levantar y él me quiere retener, le miro fijamente a la cara desesperado, rogándole que me deje ir. Nuestros rostros están muy cerca y puedo oler su aliento a wiski y cigarrillo. Me veo atrapado por la órbita de sus ojos, el negro alquitrán se ha hecho más denso, hay algo torcido y demente en su mirada. Una mezcla de estupidez y maldad. Entonces me doy cuenta. Tiene el pelo rapado y unas orejas diminutas de soplillo que le dan apariencia de marciano. De pronto estoy ante un personaje de comic con la cara verde, dos pequeños y oscuros ojos y unas diminutas orejas de soplillo. No puedo evitarlo, una sonrisa tímida se dibuja en mi cara y bajo los ojos para dejar de mirarle. Noto la tensión, ahora me aprieta más fuerte el brazo. La mujer de la película jadea y el hombre masculla - ¿te gusta zorra? - . Él me levanta con el dedo la barbilla y me hace sostenerle la mirada.

- Cómo te vuelvas a reír de mis orejas te mato.

Pego un tirón y me deshago de su mano. Salgo corriendo de aquel cuarto y me encierro en mi camarote con llave. Ya está amaneciendo. El corazón me late a mil por hora. Me tumbo sobre la cama, pongo las manos en mi estómago y cierro los ojos, pero la vagina viene a mi mente en primer plano. Abro los ojos, y siento como mi estómago también palpita. Veo con claridad un río de aguas grises y densas partiendo de mi vientre y llegando a mi estómago. El río es el que pulsa la arcada, las aguas parecen pútridas y me provocan la arcada, una arcada que siempre está ahí, pero que casi nunca logra salir. Pienso en el diario de mi bisabuelo y sin saber por qué veo claro que ambos están conectados. No quiero leer el diario, no quiero cerrar los ojos, no quiero que el río me atravesara en dos y me vuelva loco. Me incorporo en la cama y cojo el diario de mi bisabuelo. La tela vieja, más vieja aún que el cuaderno de notas del vendedor de ovillos de

lana. El olor del gallego entre las hojas de la libreta y mis manos temblando.

“ 21 de julio de 1925, Campamento de Annual

Estoy preso en el calabozo. Ayer por la noche decidí escapar hasta Sidi Dris. Podría haber llegado antes del amanecer y hacerme pasar por uno de los soldados del campamento. Podría haber bebido agua en cantidad. Al pasar por uno de los puestos de vigilancia pensé que estaban dormidos o que estaban muertos. No creí que pudiesen verme, pero me vieron. Estaban tan sedientos como yo, por lo que empezaron a darme patadas. Agarré el pie de uno de ellos y lo tiré al suelo, luego me puse a horcajadas encima de él y comencé a golpearle. Su compañero me dio un culetazo con el arma reglamentaria y perdí el sentido.

Me llevaron ante el coronel Manella que estaba con Silvestre. Los dos bebían wiski y tenían una garrafa de agua encima de una mesa. Manella no llevaba puesto los pantalones, solo la camisa y la chaqueta. Su barba era negra y tupida y la llevaba bien peinada. Sus piernas eran robustas y peludas y unas botas reglamentarias le llegaban hasta casi la rodilla. Los dos superiores me miraron con desprecio y sorna, yo solo podía mirar la garrafa de agua. El soldado les dijo que era un desertor y que había mandado a la enfermería a su compañero. Manella se levantó de su sitio y fue hacia mí. Estaba borracho y yo también estaba borracho, borracho de sed. Pensé en arrojarme a la garrafa, aunque me moliesen a palos. El coronel lo noto, saco de su bolsillo un pañuelo blanco y limpio, fue hasta la garrafa de agua. Volcó algo de líquido y empapó el pañuelo, luego se acercó y me mojó los labios. Intenté chupar el pañuelo y los ojos se me llenaron de lágrimas.

- *¿Usted de donde es?*
- *De Asturias señor*
- *Entonces usted es un mal parido, un asturiano mal parido y cobarde- guardé silencio mientras miraba la botella de agua*
- *¿No es verdad?*
- *Sí señor.*
- *Ahora me va a cantar usted una canción de su tierra, para que recuerde de donde viene y para que le de vergüenza lo que ha hecho. Usted no es un español, usted es una mierda.*
- *Señor tengo sed, solo me he ido porque llevo tres días sin beber agua, solo quiero un vaso de agua*
- *Un asturiano cabrón y un flojo. Tres días sin beber agua. Como si se muere de sed. Usted tiene un puesto y...*

Empecé a marearme, no entendía lo que decía, solo veía su boca moverse, los pelos de sus piernas. Silvestre reía a carcajadas mientras

seguía bebiendo wiski y yo iba a morir si no me daban un vaso de agua.

- *Canta una canción de tu puta tierra y tendrás agua*

Intenté pensar una canción, pero no me venía nada. El soldado me dio un ligero culetazo en la espalda y me doble. De pronto un tatareo me nació en la boca:

Ea, ea, ea!, tú has de ser marqués, conde o caballero"; y por mi desgracia yo aprendí a "goxeru". Facía los "goxos" en mes de Xineru y por el verano cobraba el dineru. Aquí está la vida del pobre "goxeru». "¡Ea, ea, ea!"

Recordé a mi madre cantándomela de niño cuando íbamos a espigar a una montaña que estaba frente a nuestra choza. Los ojos se me volvieron a llenar de lágrimas y pensé en beber mis propias lágrimas. Los tres empezaron a aplaudir, con cierta sorna. Luego Manella fue

hacia la garrafa, la abrió y tiro un chorro del agua al aire. Yo me arrojé al suelo para beber de un pequeño charco. La boca se me llenó de tierra. Las manos se me llenaron de tierra. Los ojos se me llenaron de tierra. Me quedé allí de rodillas embadurnado en lodo con la añada todavía en mi cabeza. Me levanté y encaré a Manella. La risa se fue de su rostro y grito – cuádrese soldado- Ahora era yo quien me reía. Levanté mi brazo y le golpeé en la nariz, mientras el soldado me golpeaba a mi con el rifle en la espalda. Pero no lo sentía, solo podía ver la nariz de Manella, como a cada golpe se iba destrozando bajo mi puño y la sangre me salpicaba la cara y yo me relamía. Abrí la boca y me lancé hacia él como un lobo, le mordí la cara y le arranqué la nariz de cuajo. Manella gritaba como un cerdo y yo tenía su nariz en mi boca, y su sangre, su sangre era agua.

Me quedé dormido sobre la cama con todas aquellas imágenes en mi cabeza. He vuelto a soñar con mi madre y con mi hermana. No me ha gustado el sueño. Alguien aporrea la puerta de mi camarote. Abro, son el primer oficial y uno de los marineros. José también está con ellos.

- Hoy es un gran día, aprendiz de marinero. ¡A cubierta!

Vamos los cuatro a cubierta, el sol está alto, debe de ser medio día.

El oficial nos señala unos cubos y unos cepillos de cerdas.

- Dentro de cinco horas atravesaremos el ecuador, y vosotros seréis bautizados. Quiero está cubierta más limpia que la patena, hoy habrá fiesta.

Me empieza a doler el diente que ya no tengo. Miro el sol, soy demasiado pequeño para esto.

José está encantado, ya está cepillando el suelo, a cuatro patas. Cojo el cepillo y me resigno, froto y froto. Es un suelo metálico y rojo a

ronchones, huele a gamba y a mar, el sol me da la cabeza y creo que me voy a insolar, pero no puedo quejarme, me he ganado la fama de flojo a pulso y hoy cruzamos el ecuador. Solo pido que el gallego no pase por aquí, ha estado toda la noche despierto y borracho, tendrá que dormir en algún momento. Pienso en la imagen de no sé qué película de marines cuando el sargento malvado obliga al héroe a limpiar los baños con su cepillo de dientes. A mis amigos les encantan esas escenas, a mí no.

Al menos me han dado un cepillo grande. Cuando el héroe termina de limpiar los baños el sargento malvado le obligaba a lavarse los dientes con el cepillo.

Estoy empezando a sudar, no me gusta el sudor, siempre evito hacer ejercicio en exceso. Mi desodorante en pomada para adultos me protege contra el sudor. Me gusta el olor a sudor de mi madre, es muy rico y me gusta abrazarla y sentirlo, pero no todos los sudores

me gustan. Uno de los marineros llega con un cubo, nos pregunta qué tal vamos. José contesta risueño, yo no quiero contestar. El marinero levanta el cubo de agua y nos lo lanza. José y yo estamos empapados. Es refrescante, ahora me siento mejor. Mientras froto me acuerdo de las orejas de burro de la señorita Rosarito y me acuerdo también de sus grandes pechos, luego me viene la vagina en primer plano y salgo corriendo de mi mente para concentrarme en la cubierta.

Llevamos hora y media frotando y aún no hemos hecho ni la mitad. José se levanta y se estira, se quita la camiseta y la tira al suelo. Le pregunto si me la puede dejar y me dice que sí. Lacojo y me la pongo en la cabeza, ahora parezco un náufrago, un Robinson Crusoe, y me gusta más que ser marinero. Me levanto y me estiro, pero rápidamente los dos volvemos a limpiar la cubierta. No queremos que nos pillen parados. El agua se ha secado y deseo que nos tiren

otro cubo. El sol quema aún más y yo no me he echado protector solar. La piel me suda, la cara empapada. Me seco el sudor con la camisa de Jose y entonces pasa algo. Siento el olor del gallego. Terror. Miro a mi alrededor, no hay nadie. Vuelvo a mirar a derecha e izquierda pero el gallego no aparece. Su olor está ahí, está muy cerca, pero él no. Entonces miro la camiseta, me la acerco a la nariz y no puedo entenderlo. Es mi sudor.

Un gran bocinazo ha anunciado nuestro paso por el Ecuador, toda la tripulación ha irrumpido en aplausos y gritos y nos han abrazado. Se han descorchado botellas de cava y José y yo hemos levantado nuestras copas y hemos brindado. Yo siento mi cabeza como fundida de sol. He mirado por todos sitios, pero no he visto al gallego.

Después, el capitán ha sacado una bolsa de tela con dos pergaminos enroscado, y nos ha dado uno a José y otro a mí. Todos ríen, abro el pergamino. Me han bautizado “pez mareado”, y a José “pez hambriento”. Me parecen apodos poco originales. Me llenan otra vez la copa de cava. Alguien ha puesto música en un radio casete, es música acid. La tripulación se va sentando en corrillos por el suelo de la cubierta, el capitán y los oficiales se retiran y yo también me quiero retirar, pero uno de los marineros de Cádiz me coge por las piernas y me hace sentar. José está bebiendo y hablando, juega a ser mayor y a ser marinero. Yo no juego, estoy cansado y me quiero ir a dormir, ha sido demasiado para un día. Me vuelven a llenar la copa y me dicen que me la beba de un trago. José la beba de un trago, y al final yo también, todos aplauden y empiezan a cantar Barón Rojo.

Me levanto despacio sin que se den cuenta y salgo medio corriendo. Entro por la puerta más cercana a la cubierta y enfilo el pasillo hacia

mi camarote. Voy embadurnado de desodorante y de crema hidratante. No quiero volver a oler mi sudor nunca más.

Los pasos metálicos se doblan, alguien está cerca. Paro y los pasos paran, sigo y los pasos siguen. Acelero y el redoble también se acelera. Estoy a tres metros de mi camarote, voy buscando la llave en el bolsillo del pantalón, la saco, se me cae al suelo, los pasos ahora continúan, aunque yo esté parado. Ha girado la esquina, ahí está el gallego. Me agacho a recoger las llaves, el gallego acelera el paso, meto la llave en la cerradura y el gallego casi corre. Le veo los ojos, están fuera de sí, desquiciado. Voy a cerrar la puerta de un portazo y él mete el pie y ya no puedo cerrar. Da un golpe a la puerta y esta se abre de par en par. Él está en mi habitación y empiezo a gritar, pero no sé si me sale la voz, creo que se me ahoga, la voz se ahoga en mi propia garganta. Él repite una y otra vez

– ¿ya no te ríes de mis orejas? -

Siento que me agarra del cuello y su olor lo inunda todo. El diario late bajo la cama, y mi bisabuelo sale de las páginas, está muerto de sed, es peligroso. Le noto acercarse por la espalda, mientras el gallego ha empezado a bajarme los pantalones. Con una mano me ahoga y con la otra me arranca la ropa. Mi bisabuelo está también encima mío, lo observa todo, pero le ruego que se vaya, que no haga nada. El bisabuelo ha tomado una decisión, no se irá.

El aire empieza a desaparecer, solo veo sus ojos, y sus orejas de marciano. El bisabuelo se ha metido dentro de mí. Ahora no puedo evitar una ligera sonrisa y luego todo se hace blanco, y luego todo se hace negro. Oigo los gritos de los moros y la nana cantada por las voces de mil hombres. El calor del desierto y la garganta seca. Por dentro soy un animal y mis ojos son tan pequeños y oscuros como mi conciencia. Instantes después vuelvo a la habitación. Todo son gritos de terror, son mis propios gritos. Me puedo ver desde la otra esquina

del camarote. Estoy encima del gallego, tengo la camisa rasgada y estoy totalmente desnudo de cintura para abajo. Le golpeo con los dos puños mientras grito con una voz que no es la mía, una voz que me da pánico. El segundo oficial llega, llegan tres marineros, me agarran, el gallego aprovecha para coger mi garganta, me va a estrangular. El capitán aparece sofocado, apunta con el arma al gallego y el primer oficial le pone la inyección de morfina. Cae inconsciente casi en el acto. Está lleno de sangre, yo estoy lleno de sangre y me cuesta respirar, las caras son alargadas y todo el mundo mueve la boca, pero no sé lo que dicen. Ya estoy otra vez en mi cuerpo, se han llevado al gallego, ahora solo está José, el segundo oficial y el capitán. Les pregunto por mi bisabuelo, quiero saber si se ha ido o aún está dentro de mí. Quiero que se vaya, le pido a José que se lleve el diario. José está blanco y no se mueve. Ya no me importa el gallego, ya no me da miedo, solo quiero huir de mi

ancestro, quiero huir de mi olor, quiero rebobinar y no atravesar nunca el ecuador. Me ponen una pastilla debajo de la lengua y me quedo dormido.